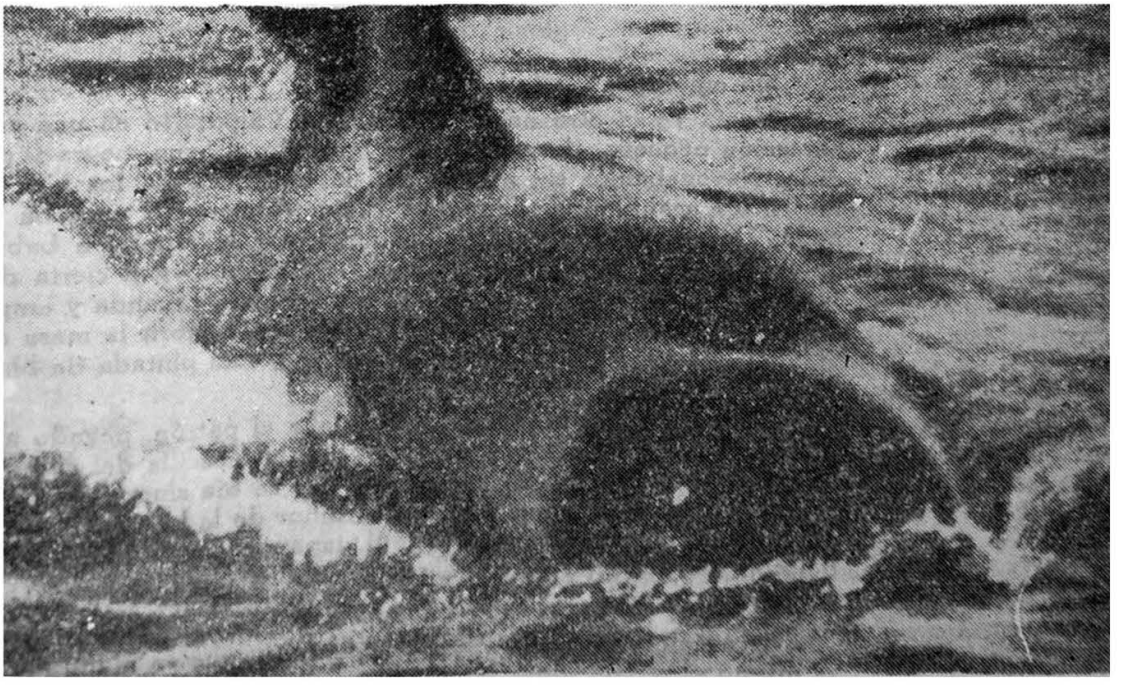
El Mar Solitario

Por
Ricardo VALENZUELA

Ya estaba cansado de oírlo. ¿Cómo iban a interesarme todavía aquellos relatos? Conocía desde niño la leyenda del "Holandés Errante", que tiene su equivalente en todos los mares y había leído y oído no sé cuantas historias de barcos fantasmas.

Pero el viejo insistía en que él había visto "algo de eso", y oyéndole, sentado en la roca, dejaba transcurrir el largo crepúsculo de algún domingo de verano, en que yo volvía cansado de la excursión por el mar.

Al último, aceptaba el tema como algo que venía muy bien al ambiente.



El sol se hundía en medio de un infierno, detrás de la barrera plomiza que flotaba en el límite; el mar se tornaba casi rojo y, poco a poco, las rocas más elevadas se iban transformando en misteriosas siluetas, a las que la imaginación podía atribuirles cien formas. Entonces, la voz del viejo, el rumor de la ola, que moría allí plácidamente, resultaban un grato "leit motiv".

—Ya no se puede creer nada de eso — le decía, sin buscar convencerlo. Se trataba de efectos de óptica, que ignoraban o no comprendían los marineros antiguos.

Era inútil.

El daba otra chupada al cigarrillo y me repetía que había visto "algo de eso", una noche muy obscura y de calma, cuando navegaba a las islas en la goleta que iba a traer las langostas.

Y no sólo él, sino también José Simón, que era incrédulo; y Miguel y Jacinto, que estuvieron más de tres horas mirando aquel barco extraño, hasta que desapareció repentinamente, con las primeras claridades del alba, como si se hubiera fundido con ellas.

Pero ya se hacía tarde para admitir el relato completo. Me levantaba en silencio; él me seguía con los aparejos del bote, e iniciábamos el ascenso a la cabaña por el duro senderillo bordeado de ásperas docas.

—Ya le digo, señor. Yo he visto algo de eso una vez—porfiaba de cuando en cuando. Y su voz tenía una entonación misteriosa.

Sí, ya era muy tarde para entablar discusión, y seguimos la marcha sin hablar, un poco jadeantes, palpando la humedad de las piedras.

* ★ *

Sin embargo...

Venía yo la otra noche entrando a Valparaíso en una embarcación pequeña, despreocupado mirando el agua, negra y pesada. Navegábamos sin avistar aún la bahía, casi a los pies de los tristes acantilados, detrás de Playa Ancha. No pensaba en nada. De pronto me pareció distinguir por la amura, a babor, algo como una pálida mancha que flotaba inmóvil a cierta distancia. Caminé hacia la borda, me afirmé en la baranda y empecé a mirarla fijamente. Casi en seguida creí descubrir la masa del casco y algunos detalles borrosos de una goleta pintada de blanco. Me acordé del viejo...

Fui entonces a la cabina. Allí estaba el patrón, pegado a la rueda, la cara y el pecho iluminados por la lucecilla del compás. Me coloqué a su lado sin decir nada. No se oía sino el ruido de la proa cortando el agua y el sordo rumor de la máquina, abajo. Al cabo de un minuto me preguntó, tapando con la mano la luz del compás, para no encandilarnos :

—¿Ve algo?

Y señaló con la vista hacia la mancha, que se mantenía en el mismo sitio, con todas las apariencias de un barco.

—¿Un pesquero?— inquirí.

—No tiene luces.

—¿Entonces?

—No sé. Por lo menos debiera tener encendido el farol del estay.

Se abrió la puerta y el maquinista asomó la carota reluciente de sudor:

—¿Están mirando el "fantasma"?— preguntó, echándose sobre la nuca la gorra grasienta—. Hace un rato me lo mostró el fogonero, que salió a tomar aire. ¿Qué será?

—Me hubiera gustado tener a bordo un radar— murmuró el patrón, aguzando los ojos.

—A mí me parece que es reflejo de la luz de Quintero— añadió el de las máquinas.

A lo mejor —dudó el patrón sobándose la barba—. Pero me hubiera gustado tener un radar.

Después que pasamos el faro, la mancha no se vio más.

Luego cada cual volvió a su puesto y en cubierta quedamos solamente un hombre que no era marino ni pescador y yo, el pasajero, acodados en la borda, contemplando la fosforescencia del agua que brotaba tumultuosa al costado.

Me habían dicho que aquel hombre era el encargado de vigilar la pesca, y por su aspecto me pareció que no sabría más que contar merluzas. Pero pronto cambié de idea.

Aludiendo a lo que recién habíamos observado dijo:

—A mí me gustan estos pequeños barcos de pesca porque me siento en ellos como en el mar antiguo. Ese mar que representan en los viejos mapas lleno de fantasía y figuras de monstruos que algunos piensan que nunca existieron..

"En mis tiempos, cuando estudiaba, dibujaba también un poco y me gustaba copiar aquellos mapas con los viejos mofletudos soplando, que simbolizan los vientos, y las serpientes de mar que se enroscaban y trituraban los buques luciendo una magnífica coraza de escamas.

"Imaginaba el asombro y el pavor de los tripulantes que sentían crujir su nave y la soledad y el silencio en que se desarrollaba el drama, aparte los chapoteos de la bestia que se revolvía en el agua y los gritos y maldiciones de los hombres aterrorizados... Para mí aquello era la aventura plena, el enfrentamiento con lo desconocido y tremendo, como si ahora gigantescas aves como dragones alados salieran al encuentro de las naves espaciales actuando como guardianes de un mundo prohibido. Antes de Colón y en tiempos de Ulises y de los vikingos y de todos los que les precedieron y sucedieron en varios siglos, el gran océano era eso... Una inconmensurable extensión inexplorada, sin otra voz que la de las tormentas, y aparentemente inhabitada. Pero las noches estrelladas con sus cielos como una cúpula punteada de infinitas luces parpadeantes, atraerían hacia la superficie a los habitantes de los abismos, llenos de curiosidad ante el brillo de las constelaciones cuyo misterio nunca comprenderían... Y al encontrar al buque deslizándose silentemente bajo el viento, con

las grandes velas desplegadas, creerían hallarse ante seres provenientes de algún lugar sobre aquella frontera —la superficie— que ellos no podrían trasponer jamás... ¡Puras fantasías! ¿no le parece? Pero debe haber sido así. Por lo menos así se me ocurría a mí que debió ser cuando de niño pasaba largas horas copiando esos mapas".

* ★ *

Las luces de la bahía titilaban en la negrura de la noche y el agua, igualmente tinta, presentaba aquí y allá manchas de espuma, removida por la brisa del sur.

No distinguía bien el rostro del hombre bajo el gorro con orejeras y el cuello del chaquetón subido. Pero me pareció que en alguna época de su vida hizo algo más que adiestrarse para contar merluzas. Daba a su monótono y prosaico quehacer un curioso sentido poético. Era sin duda uno de aquellos tipos que acoge la bahía para cualquier trabajo; que han pasado épocas mejores y que por tal o cual circunstancia perdieron o dejaron todo y fueron a dar a bordo. Seres que habitan en algún punto entre aquellos millares de luces que cubren los cerros y que en cada crepúsculo bajan al mar y permanecen en él dedicados a un oficio obscuro, rutinario y sin esperanzas.

—Quizá cortó usted sus estudios prematuramente... —dije.

—Mi padre poseía una librería de viejo. Cuando me marché de casa pinté letreros para un teatro de barrio. Después trabajé en la maniobra de un circo, es decir con los encargados de izar y mantener la lona entre los dos grandes mástiles como en un buque a velas. En fin, pasé por muy variados y duros menesteres. Ahora, cuento las merluzas que pescan en este barco, mejor dicho, vigilo que no mermen las cajas... Es una ocupación estúpida, pero me pagan y me entretengo en estas breves navegaciones diarias y leo, cuando no tengo que cuidar las merluzas. Por supuesto, los hombres de a bordo no me quieren mucho.

Nos aproximábamos al atracadero. Las merluzas plateadas y ordenadas en cubierta reflejaban la claridad de los focos esparcidos en la orilla.

Por decir algo observé:

—Curiosa en verdad nuestra visión de esta noche... Como en el mar antiguo ¿no es eso?

—Sí, como en el mar antiguo, y como en el gran mar solitario de nuestros días. Como en aquellos vastos espacios oceánicos donde ahora mismo no pasa un solo buque en muchos meses, ni aún en años. No es que el tráfico haya desplazado a la leyenda. Yo diría más bien que el tráfico ha desplazado a los monstruos que, por lo demás, todavía existen. Lo que hemos visto esta noche no ha sido sino un efecto óptico. Nos ha dado tema, es cierto, pero ¿ha leído usted a Thor Heyerdahl? El también habla del mar antiguo, de monstruos y de apariciones siniestras. No importa que en nuestros tiempos muchos de esos misteriosos pobladores del mar estén clasificados y aún catalogados por los biólogos. La "Kon-Tiki" con su silueta extravagante, su si-

lencioso andar, lejos de todas las rutas frecuentadas encontró también serpientes marinas y raros animales que mencionaban los navegantes del pasado, y que ahora parecen de fábula. En la "Kon-Tiki" no había máquinas, ni hélices, nada trepidaba en ella que pudiera perturbar la tranquilidad de esas aguas. Entonces, seres de lo más recóndito del océano salían a contemplarla y la seguían como ensimismados por espacio de millas y millas, curioseando, saltando, haciendo cabriolas, acercándose y alejándose, como tratando de descubrir el misterio y, quizá, hasta con el propósito de hacer amigos...

* ★ *

Estábamos casi rozando el molo chorreante de humedad y viscoso de petróleo. Aquí y allá se oían voces nuevas. Un hombre arrojó un delgado cabo sobre la cubierta empapada y resbaladiza, lo recogió otro que calzaba gruesas botas de goma y la primera espía sucia y añadida en varias partes con burdos nudos fue amarrada a la bita.

—Bien, hemos llegado —dijo el cuidador mirando hacia arriba, donde aumentaban las personas que aguardaban al buque.

—Sí, hemos llegado y ha sido para mí una noche muy entretenida.

—¿Entretenida? Esto es igual siempre. Si viene otro día...

Desde el molo una voz interrumpió:

—¿Cuántas cajas?

—En seguida —respondió él. Y volviéndose a mí:

—Ahora tengo que entregar las merluzas. Adiós.

Por sobre el molo se acercaba un camión. En la popa de otro pesquero, ya quieto, un marinero con el torso desnudo lavaba su camisa en un balde.